

rico II, no era obra de este rey, que se la había encontrado ya hecha y ni siquiera había perfeccionado. Para ella los simulacros militares eran lo principal en lugar de ser solo un medio de lograr el principal objeto, y toda aquella fe supersticiosa en el llamado «espíritu propio del ejército prusiano» y «obra de Federico el Grande,» superstición de que jamás había participado Federico Guillermo III, quedó completamente destruida en la batalla de Jena.

Así, Federico Guillermo no puede ser contado entre los vencidos, sino al contrario, esta catástrofe, tan terrible para él y todos los suyos, además del lado doloroso, tuvo otro consolador, que le dió fuerza para esperar tiempos mejores y comunicar á su voluntad una energía que en el tiempo de su dicha aparente jamás había conocido. Aniquilado el ejército antiguo, el rey trazó en su mente las bases de otro nuevo y las publicó en el manifiesto del 1.º de diciembre de 1806 desde Ortelsburg. Este manifiesto parece una censura dirigida al consejo superior de guerra y ponía en evidencia la necesidad de una reforma radical en la impedimenta y el abastecimiento del ejército. La semana anterior á la publicación del manifiesto había dado el rey á sus generales en la Prusia oriental una instrucción (1) en la cual había indicado las innovaciones que era preciso introducir en el ramo de guerra. Basta leer este documento para comprender el valor y arrojo con que el rey en aquellos días rechazó, contra la opinión de la mayoría de sus consejeros, el armisticio, que hubiera causado su propia desgracia. En Osterode, donde se verificó el consejo en 21 de noviembre para tratar del armisticio, el rey había redactado el 18 del mismo mes un nuevo plan de operaciones y de estrategia, fruto de su experiencia hecha en la batalla de Auerstadt, expresándose en estos términos: «Es imposible á una fuerza inferior vencer al enemigo con maniobras estratégicas artificiales. El enemigo con el cual contendemos es demasiado hábil y práctico para dejarse imponer por semejantes medios. Procúrese siempre hacer frente al enemigo con fuerzas superiores, y mientras esto no se pueda hacer, óbrense con circunspección evitando toda acción decisiva.»

El ataque por columnas que los franceses practicaban brillantemente era para el ejército prusiano una cosa completamente nueva, y esta maniobra explicó el rey en la citada instrucción á su manera, diciendo: «El ejército se divide en dos secciones; la primera se compone solo de infantería ligera; delante de ella están distribuidos los cazadores de ambas secciones. Avanza luego la primera sección y hace fuego sobre la infantería enemiga. La segunda sección, así protegida, forma sus regimientos ó batallones en columna, única manera de romper las masas donde las circunstancias lo aconsejan. Abrese la primera sección, y da paso á tres ó cuatro columnas, apoyadas por la artillería montada y por el tiro de la primera sección, la cual sigue á la columna uniéndose á ella y penetrando en la masa enemiga á la bayoneta. Todo retardo y vacilación son peligrosísimos en el ataque. Una vez resuelto, no hay que perder tiempo cuando la tropa está formada. Arrojarle atrevidamente sobre el enemigo es la única manera de vencer; el que no lo hace así y se entretiene en tirotear no logra su propósito, tanto menos cuanto que el fuego de nuestra infantería es muy inferior y mucho menos eficaz que el del enemigo. A cada columna debe seguir uno ó dos regimientos de caballería que cuando las masas enemigas estén rotas

(1) *La reorganización del ejército prusiano después de la paz de Tilsit* (Berlín, 1862). Esta obra fundamental fué publicada por el periódico militar *Militärwochenblatt* en los suplementos desde octubre de 1854 hasta diciembre de 1867, y arreglada y publicada separadamente después por la sección histórica del Estado Mayor

den una carga á todo escape y ayuden á aniquilarlas. Sobre todo no debe atacarse con caballería á la infantería enemiga ni tratar de romper sus cuadros de frente, porque con esto la caballería se gasta y se desanima. No debe exponérsela demasiado pronto al fuego de cañón; pero se la debe tener á mano y debe seguir á la infantería de su división ó apoyar las alas del ejército. No deben darse disposiciones difusas antes de una batalla. Se toma la vista del terreno tan exactamente como se pueda; se indica á los generales de división si hay tiempo en pocas palabras la idea general; se les enseña en globo el terreno donde el ejército se ha de formar, y queda á su discreción la formación, solo que la más rápida es la mejor. Tocante á lo demás, se les debe hacer responsables. El general en jefe no puede estar en todas partes: tiene que tener la vista fija en el conjunto, y dirigirlo, y le toca principalmente dirigir bien las reservas.»

En cada renglón de este escrito reconocerá el militar al colega, á un colega de criterio propio, para el cual aprender es vivir y vice-versa; reconocerá el fin inteligente que domina el dolor de la derrota reflexionando que era una consecuencia muy natural del estado del ejército; reconocerá al pensador perspicaz, que al investigar la causa la sabe descubrir con mirada certera.

El rey decidió proceder á la completa transformación de su ejército tan luego como se hubiese hecho la paz, y en 25 de julio de 1807 nombró una comisión militar de reorganización y dió la presidencia al general Scharnhorst. Entre los miembros de esta comisión se distinguieron los jefes Gneisenau, Grolmann y Boyen. El rey mismo trazó á esta comisión inolvidable, en un documento que todavía existe, los 19 puntos principales de la reforma, sobre los cuales se expresó Scharnhorst en 27 de noviembre (2) en estos términos: «El rey, dejando todas las preocupaciones, no solamente se ha mostrado en esta ocasión condescendiente, sino que nos ha dado muchas ideas adecuadas al espíritu nuevo y á las circunstancias.» En efecto, en los 19 puntos estaba comprendido todo lo que había de ser y que fué reformado, á saber: el expurgo de la oficialidad separando de las filas á todos los individuos ya físicamente inservibles, ya indignos en el concepto moral de figurar en ellas; mejora del sistema de ascensos y mayor facilidad para la entrada de personas sin título de nobleza en el cuerpo de oficiales; determinación de la proporción mas acertada de las diferentes armas y en particular aumento de la infantería ligera; abolición del enganche de extranjeros; disminución de los casos de exención del servicio; supresión de los acantonamientos fijos de los regimientos y formación de distritos grandes de reclutamiento; formación de divisiones y cuerpos de ejército; reunión de la caballería en grandes cuerpos para poderla emplear como fuerza de reserva; cambio de forma de los regimientos de infantería; reforma de las ordenanzas y abolición de las penas infamantes; mejoramiento del vestuario é introducción de la capa para la infantería y de un segundo pantalón sobre el usual, hecho de paño fuerte de color gris natural como lo da la lana; fijación de pagas suficientes para los jefes y supresión de todos los demás emolumentos, que era fuente de abusos; reducción y simplificación del bagaje y tren; ejercicio de la infantería en el tiro al blanco; reducción del peso y perfeccionamiento del material de artillería; supresión de la artillería de regimiento y formación de baterías; confección del vestuario y demás prendas de uniforme en los cuarteles por los mismos soldados (3).

Estos eran los puntos principales del programa trazado

(2) *La reorganización del ejército prusiano*, tomo I, pág. 26.
(3) *La reorganización del ejército prusiano*, tomo I, págs. 19-24.

por el rey, que puso á la cabeza de la comisión á una persona cuya elección para este puesto era ya por sí sola un golpe maestro. En efecto, Scharnhorst reunía todas las cualidades de inteligencia y de carácter, toda la ciencia y energía necesarias que debía tener el legislador militar de Prusia, aunque á juzgar por las apariencias, nada de esto tenía, ni nadie le creyó capaz de realizar su cometido. Por lo mismo el haberle elegido fué un grandísimo mérito del rey.

Gerardo Scharnhorst nació el 12 de noviembre de 1755 en la aldea de Bordenau, en Hannover (1) y pertenecía á aquella época en que el ramo de guerra se transformó en Alemania del estado rudo de simple oficio en arte y ciencia. Entre los varones que mas contribuyeron á este progreso ocupa Scharnhorst un puesto excepcionalmente distinguido. Desde 1773 hasta 1777, bajo la protección paternal del excelente militar conde Guillermo de Schaumburg, recibió en la escuela militar de Wilhelmstein la educación para el arma de artillería, educación que decidió de su porvenir por el ejemplo del servicio militar general y obligatorio que estaba introducido en aquel reducido país (2). Obtuvo después una plaza de profesor en la escuela de artillería de Hannover, donde cobró bastante fama. En 1792 publicó su célebre Manual militar de campaña; al año siguiente hizo en el cuerpo auxiliar de Hannover, en calidad de capitán de artillería, la campaña de Bélgica, y en 1794 dió una brillante prueba de arrojo heroico y presencia de espíritu en la salida que efectuó la guarnición de Menin, abriéndose camino al través de las fuerzas enemigas diez veces mas numerosas (3). En mayo del año 1801 entró al servicio de Prusia, en el empleo de comandante graduado y en el cuerpo de artillería de campaña, en cuyo puesto dió nuevo impulso á la educación militar con la fundación de una sociedad militar y la transformación de la escuela de Berlín en «academia para oficiales» con un instituto preparatorio. En abril de 1806 propuso en un memorable artículo (4) la creación de una milicia nacional, diciendo que «solo así, armando á todo el pueblo, puede equilibrar una potencia pequeña en la guerra defensiva la fuerza de otra grande que la ataca para conquistarla.» Ya sabemos la parte gloriosa que tomó en las batallas de Auerstadt y de Eylau, y recordando todos sus brillantes hechos de guerra no comprenderíamos cómo ha podido llamarse á este hombre «pedante enjuto y escritor de libros faltos de genio militar, de resolución y de práctica,» si no supiésemos que á su aspecto exterior faltaban aquellos rasgos sin los cuales no se pasaba entonces por verdadero militar en el ejército prusiano. En efecto, no tenía tiesura en sus maneras y actitudes, ni su hablar era marcial é insolente, segun la costumbre; y sin embargo, aquel entendido oficial de Estado Mayor que con su mirada meditabunda parecia un catedrático disfrazado de militar, se mostró como un héroe en todos los campos de batalla en que se encontró y como un guerrero completo en sus escritos y creaciones militares. Solo un hombre como Scharnhorst pudo ser el creador del ejército prusiano reformado.

La estrategia teórica de aquella época creía poder hacer la guerra y vencer sin efusión de sangre, solo con combinaciones y maniobras, y esto había inducido á la opinión pú-

(1) M. Lehmann: *Scharnhorst*, tomo I, pág. 5. En el libro de la iglesia de Bordenau se lee: «El 12 de noviembre nació el cuartel-maestre Sr. Scharnhorst un hijo, que fué bautizado el 16 del mismo mes, y recibió del Sr. Juan David Tegtmeier los nombres de Gerardo, Juan, David.»

(2) Schaumburg-Lippe, con 33,135 habitantes en 1875. (*N. del T.*)

(3) Véase el conocido testimonio en el parte del general Hammerstein fechado el 3 de mayo de 1794, en la obra de Klippel: *Vida del general Scharnhorst*, tomo II (Leipzig, 1869), págs. 104-114.

(4) Se encuentra en la obra de Goltz: *Rosbach y Jena*, págs. 40-46.

blica, tocante al ramo de guerra, á errores enteramente contrarios á lo que debía ser un país militar, como la Prusia lo era en aquella época. Todas las personas ilustradas ó que se preciaban de tales condenaban la institución de los ejércitos permanentes, diciendo que eran arma y causa de la esclavitud y del despotismo, así como de las matanzas de hombres. Genios ilustres como Fichte, Kant y Herder condenaban á porfía esta institución y no la admitían ni siquiera como mal necesario; y cuando hasta un militar perito como Berenhorst comparó los ejércitos permanentes, que tan lastimosamente habían sucumbido en sus luchas contra los americanos y franceses, con las fuerzas populares francesas, entusiastas y vencedoras, parecia juzgada definitivamente la institución por la triple sentencia de la humanidad, de la ciencia y de la historia. Solo una voz, la de Scharnhorst, se levantó en defensa de aquella causa al parecer perdida, y dijo: «O la historia miente, ó el autor que socava la institución del ejército permanente de su nación forja cadenas para sus compatriotas, aunque le honren sus impulsos nobles.» Con vigor y convicción inflexible recomendó Scharnhorst la conservación del ejército permanente, cuyos defectos debían desaparecer, pero cuya inutilidad de ningún modo se había demostrado ni por la experiencia ni por ninguna pretendida ciencia. Los ataques á la institución de los ejércitos permanentes eran para él ataques á la monarquía y al país: comparó la Polonia republicana con la Prusia monárquica; la Polonia hubiera sido feliz y la Prusia desgraciada si la fortuna de los pueblos dependiera de la falta de ejércitos permanentes y la desgracia de la existencia de éstos. «En Prusia, decia, se funda gran número de aldeas, en Polonia quedan desiertas las que existen; en Prusia se aumentan las fábricas y demás establecimientos industriales, en Polonia desaparecen; en aquella aumenta la población de una manera increíble, en Polonia disminuye; la Prusia ensancha su comercio, la Polonia ve reducirse el suyo; la Prusia socorre á sus súbditos en las calamidades públicas, en las inundaciones, los incendios y malas cosechas, la Polonia los deja perecer y emigrar. — Si la Providencia ha regalado á la humanidad una institución moderna (benéfica en los tiempos modernos), lo es la disciplina del ejército permanente (lo es la de los ejércitos permanentes rigurosamente disciplinados); solo con esta institución queda asegurada su obra contra la destrucción, de otra manera inevitable, y la persona que trate de hacer sospechosa esta institución sagrada no sabe lo que se hace y no merece ser contada entre los racionales.»

La fe en el derecho y el carácter benéfico de los ejércitos permanentes se confundía en Scharnhorst con la fe en la monarquía prusiana y con su amor á su rey y á su pueblo, lo cual expresó en estas palabras conmovedoras en la carta que escribió en Memel, en 27 de noviembre de 1807, á su discípulo Carlos de Clausewitz (5): «Somos desgraciados, mas allá de toda ponderación si posible fuera levantarnos de las ruinas después de tantas angustias y sufrimientos infinitos, ¿quién no lo sacrificaría todo para sembrar la semilla de un fruto nuevo, y quién no haría con gusto toda clase de esfuerzos si pudiera esperar verla nacer con nueva vida y nuevo vigor? — En este momento tengo todavía á mi disposición una existencia honrosa en otra parte (en Inglaterra), pero me detienen hasta ahora sentimientos de amor y de gratitud al rey, una fidelidad indescriptible á la suerte del Estado y de la nación, y una aversión al eterno cambio de situación. Estos sentimientos me detendrán mientras crea poder ser aquí de alguna utilidad.»

(5) *Ueber das Leben und den Character von Scharnhorst* en la *Historisch-politischen Zeitschrift*, de Ranke (1832), tomo I, págs. 209-210.

Hay algo de conmovedor en la fidelidad que aquellos extranjeros que en otro tiempo, cuando la Prusia estaba próspera y feliz, se habían acogido á su sombra, mostraron á ella en los días aciagos, como si hubiesen de ganar entonces su derecho de ciudadanía.

Desde Colberg acudió á Memel el ilustre héroe Neithardt



Estatua de Gneisenau, erigida en Berlín.
Obra de Cristiano Rauch

de Gneisenau, al cual nos pinta Arndt en estas palabras: «Gneisenau era una figura caballeresca tanto por su carácter y modo de pensar como por su porte, maneras y expresión; era un hombre bello, de estatura y figura imponentes; sus miembros recordaban los del león, los hombros y el pecho eran anchos; sus actitudes y andar eran los de un héroe nato; coronaba á tan soberbio tronco una magnífica cabeza con ancha y despejada frente, cabellera poblada y oscura, ojos azules, grandes y hermosos, mirada amable y, cuando conve-

nia, enojada y orgullosa; era apasionado y fogoso; en su mente se agolpaban ideas é impulsos de arrojo que se dibujaban en su fisonomía, que por lo mismo estaba casi siempre en movimiento (1).» Era un elemento extraño cuyo verdadero valor solo se conoció en los días de desgracia.

Gneisenau era persona bastante oscura (2) cuando un solo hecho de armas sin rival le colocó de golpe entre los primeros hombres del ejército prusiano. Era hijo de un oficial sajón, que en el ejército del imperio peleó contra la Prusia, y nació en Schilda el 27 de octubre de 1760, es decir, en medio de la guerra de siete años. Allí, habiendo perdido muy pequeño á su madre mientras su padre seguía en la guerra, se crió en casa de padres adoptivos pobres, cuyos gansos tenía que guardar. A la edad de nueve años fué admitido cariñosamente en casa de sus abuelos maternos, donde recibió desde 1769 hasta 1777 una instrucción mediana con una vida material muy agradable. Estudiando despues en Erfurt entró en el servicio militar en circunstancias que dejaban dudoso si tomaba esta carrera por falta de recursos ó por afición. Entró en la pequeña fuerza que armó con dinero inglés el margrave Alejandro de Ansbach y Baireuth para combatir en América por la Inglaterra, y en 3 de marzo de 1782 obtuvo el despacho de subteniente; pero cuando desembarcó en América había concluido la guerra. Dos años despues de su regreso á Alemania solicitó de Federico el Grande una plaza en su ejército, y la obtuvo el 1.º de enero de 1786; en 1790 ascendió á capitán, y mandando una compañía del batallón de fusileros de Rabenau hizo la desgraciada campaña de 1806. Distinguióse en la acción de Saalfeld, y durante la batalla de Jena no se movió del lado del príncipe de Hohenlohe y se salvó con él uno de los últimos durante aquella confusa retirada. El rey le ascendió á comandante en 17 de diciembre, el mismo día en que fueron abolidas en el ejército prusiano las coletas (3), y el 11 de abril de 1807 le encargó el rey de la defensa de Colberg, en cuya empresa pudo mostrar por primera vez sus brillantes dotes militares.

La población de Colberg, poco numerosa, se enorgullecía de haber resistido victoriosamente en la guerra de siete años tres sitios hechos por fuerzas rusas y suecas. Pues bien, el anciano comandante de la guarnición, Loucadou, había recibido del comandante de Stettin la intimación de entregar la plaza; pero si bien se había negado á ello, no era hombre apto para defenderla con brillo, y no fué él quien molestó á los franceses desde la plaza con incesantes guerrillas, sino el fogoso capitán de caballería Fernando de Schill, que herido en la batalla de Auerstadt se había salvado refugiándose en Colberg, donde despues de curado formó un cuerpo de voluntarios con el cual causó todos los daños que pudo á los franceses, que seguían avanzando. El 29 de abril llegó á Colberg el nuevo comandante Gneisenau; el viejo alcalde de la población, Joaquin Nettelbeck, se arrojó á sus piés, abrazó sus rodillas y exclamó: «Por el amor de Dios, no nos abandone Vd., ni tampoco nosotros abandonaremos á usted, mientras quede una gota de sangre caliente en nuestras venas, aunque nuestras casas todas queden reducidas á escombros. No soy yo solo quien piensa así, sino que á todos nos anima este único pensamiento, ¡la ciudad de ningún modo debe caer en manos del enemigo!» Gneisenau le levantó cariñosamente y dijo: «Hijos míos, yo no os abandonaré y Dios nos guardará.» «Desde este instante, — dice Nettelbeck, — penetró en nosotros una nueva vida y un nuevo espíritu,

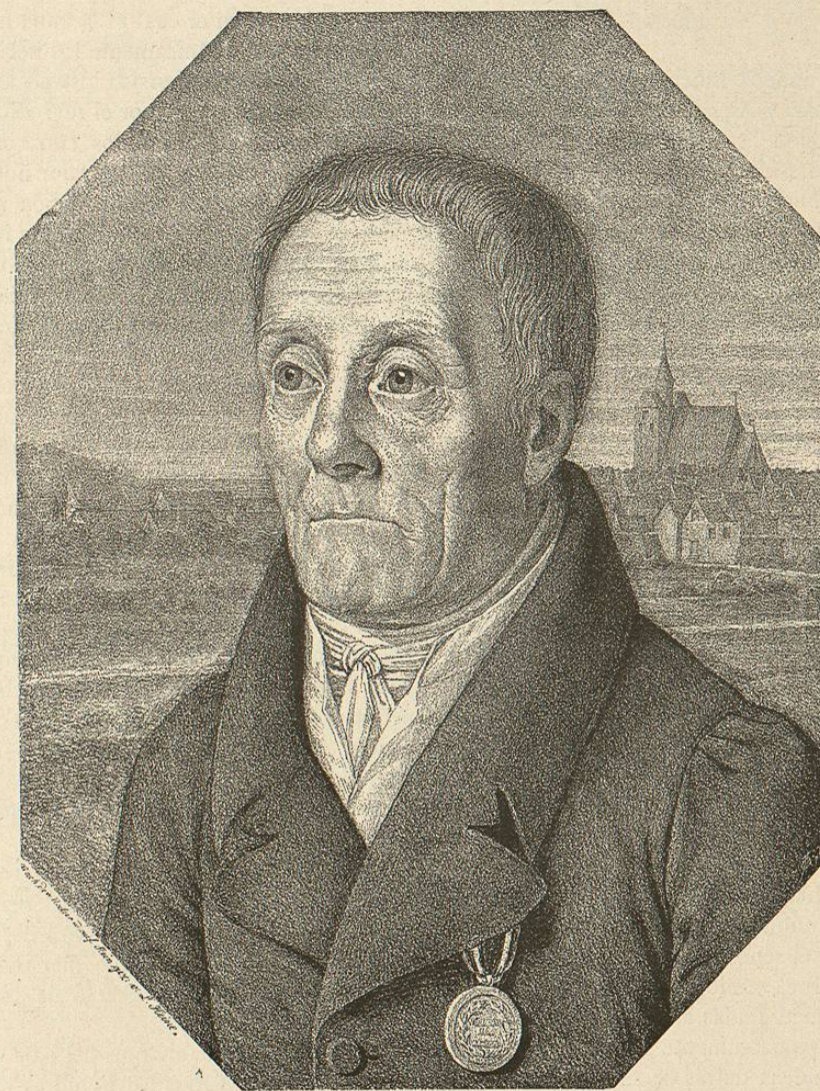
(1) *Schriften für und an seine lieben Deutschen*, tomo III, páginas 387-388.

(2) Pertz: *Das Leben des Feldmarschalls Grafen Neithardt von Gneisenau*, tomo I (Berlín, 1866), págs. 3 y sigs.

(3) Pertz, tomo I, pág. 141.

como venidos del cielo.» En seguida se conoció el genio militar de Gneisenau en la manera de dirigir la defensa de la plaza sin curarse de las reglas de la ciencia rutinaria antigua. En lugar de dejarse cercar y encerrar dentro de la plaza, ocupó y levantó obras de defensa á la vista del enemigo en una eminencia, el Wolfsberg, distante 1,900 pasos de la ciudad, y desde allí mantenía su comunicación con el mar y dominaba las obras de ataque del enemigo con una guarnición de 300 hombres. Era indispensable que el enemigo tomara

esta altura antes de atacar la plaza, y desde el 7 de mayo hasta 19 de junio tuvo que luchar, sacrificando muchísima gente, antes de conseguir la posesión de aquel punto. El 1.º de julio el general francés Loison intimó á Gneisenau la rendición, haciendo justicia á su valor, al de sus soldados y al de los habitantes, ofreciéndole condiciones honrosas y haciéndole ver la inutilidad de toda resistencia, pues que los franceses eran vencedores en todas partes y dueños de plazas como Dantzig, Königsberg y otras. Gneisenau se negó á



Joaquin Nettelbeck. — Cópia de una litografía de Heine.

capitular, y en la tarde del mismo día los franceses abrieron un fuego horroroso contra la plaza y lo continuaron toda la noche sin parar hasta la tarde del día siguiente. Nettelbeck nos ha dejado la descripción de este terrible fuego (1): «La población huyendo de sus casas incendiadas no sabía dónde guarecerse de las bombas, que llovían sobre toda la plaza y mataban é hirieron á muchos, sin que por esto ninguno de aquellos valientes pensara en rendirse. Acababan los defensores de rechazar un ataque dado por los franceses desde el Wolfsberg, y aguardaban por momentos un asalto general, cuando vieron ondular á lo lejos una bandera blanca, y pronto llegó un parlamentario con la noticia de que en 25 de junio se había firmado un armisticio, lo cual no habían ignorado los franceses pero lo habían ocultado traidoramente

á los sitiados, esperando poder apoderarse de la plaza á la fuerza ó por astucia.»

El 26 de julio nombró el rey á Gneisenau para formar parte de la comisión de reorganización militar, por cuyo cargo le felicitó el general Blücher desde Treptow en una carta notable fechada en 3 de agosto, y en la cual expresó su opinión y la de sus amigos respecto de la reorganización en estos términos: «Váyase Vd., pues, á su nuevo destino; mis deseos sinceros van con Vd. Yo ya presentí su destino y me alegro que haya venido. Salude de mi parte á mi amigo Scharnhorst y dígame Vd. que yo le insté á él para que hiciera un ejército nacional. Esto no es tan difícil como se cree; hay que abandonar la talla, (porque) á nadie se ha de eximir, y ha de ser una deshonra no haber servido (en el ejército), á no ser que defectos físicos lo impidan. Los soldados, una vez bien instruidos, han de permanecer dos años en sus casas y servir el tercero; así se alivia al país y no nos

(1) *Joaquin Nettelbeck, Bürger zu Colberg*, autobiografía publicada por J. C. L. Haken. Leipzig, 1823, tomo III, págs. 105-106.